

VIDA DE ESCRITORA

Nuria Amat

Escribir para nacer. Mi madre muere cuando yo no he cumplido los tres años y nada de su cuerpo queda en mi memoria que pueda recordarla. Soy hija de palabras. Durante años quedo suspendida de un infierno de silencio. Allí lo llaman limbo. El olvido se ha llevado todos mis secretos. Abro los ojos y apenas consigo ver lo que hay detrás de la escritura. Una niña muda. Un colegio del que me sacan por mi cara de lástima. Un saco atado de palabras que llevan de un lado a otro. No empiezo a hablar hasta bien entrados los cuatro años. Seguramente debí decir las primeras palabras de la infancia, cuando mi madre fantasma estaba delante para recibir mi voz y festejarla. Pero nadie me asegura tal cosa. Uno de los psiquiatras más célebres de Barcelona vive al lado de mi casa. Mi padre piensa que mi caso tampoco es tan grave como para llamar a la puerta del doctor loquero y prevenirle de que la niña de al lado es sonámbula y es muda. Veo palabras. Pongo nombres al silencio. Invento recuerdos que no tengo. Soy poeta sin saberlo.

Escribir para destruir. Mi primer recuerdo de la infancia tiene que ver con la locura y el suicidio. Debió ser una experiencia terrible para una niña ver como una mujer colgada de la ventana de la casa de enfrente está a punto de caer en el vacío. Pero mi cuento personal no debe ser tan espantoso como el relato verdadero de los hechos. Como no dispongo de palabras para contarlo hago de este suceso otro de mis sueños ocultos. Mi primera revelación. Y hago todavía más. La futura escritora busca confundir a su madre con la loca encerrada en el altillo del manicomio de enfrente. Vivo muchos años de este invento.

Escribo textos invisibles y olvidados. La escritora también quiere desaparecer con la escritura. Pero la maldición de Kafka se ceba en su melancolía, cede y termina por enseñar lo escrito. Cuando la escritora responde por enésima vez sobre la historia de la loca suicida de la ventana de enfrente, una mujer de Oxford que vive en Canadá y ha nacido en Barcelona levanta la mano desde su asiento para intervenir y asegurarme con datos fidedignos que la loca inventada en mi novela era su abuela internada y suicida.

Escribir para leer. Mi segundo nacimiento tiene lugar con la lectura. Los libros resumen todas las historias vividas. Descubren los secretos. Comparten mi ojo de cámara fotográfica del recuerdo. Las palabras escritas alivian mi tartamudez eterna. Cuando hablo tropieza mi lengua falsa. Mis palabras se niegan a competir con el miedo ajeno. Llevo una revolución interna. Me convierto en una escritora de cartas. Durante muchos años soy una experta epistolaria. Me hago escritora para poder resumir el mundo en una carta. En realidad, la lectora se hace escritora para tratar de doblegar su tartamudez eterna. Al fin lo consigue. La escritura se levanta. Todavía ahora cuando escribo tengo la sensación de estar poniendo mi vida en una carta.

Escribir para ocultar. La escritora no quiere mostrar lo escrito. Con los años y las páginas escritas aumenta este deseo de ocultamiento literario. Enseñar (publicar) un texto es condenarlo al olvido. Por importante y conocido que llegue a ser un libro, los meses consiguen olvidarlo. Los títulos se incineran en librerías vacías. Ocultar un texto es ofrecerlo como regalo a la historia. Cuanto más secreta es la escritura, más eternidad se confiere a las páginas innecesarias. Publicar un libro es aceptar su rápida condena. El éxito del mercado mata la eternidad de la palabra. Pero el fracaso es doblemente asesino. Entonces, el libro es olvidado dos veces. Un texto guardado en secreto es algo no nacido todavía. Los años alimentan la belleza de su estilo. Cuanto más verdadero es un texto menos necesidad tiene la escritora por publicarlo. Publicar es colocar un enorme pastel en medio de la plaza. Se tiran sobre él y lo devoran. Escribir es trazar marcas aventuradas de memoria sobre la geografía

silenciosa del recuerdo. Escribir obedece a una necesidad íntima, muy secreta. Inconfesable.

Mi casa de la escritura es la casa en donde nací y me vi, de pronto, abandonada de padres. Abandonada de patria. Es la casa de madre abandonada. Un hogar sin texto. Un libro sin palabras. El fondo o floración de una escritura que, aun después de nacer, no tuve, y que aparecía y desaparecía como el fantasma de mi madre. Mi casa de la escritura se sitúa en Barcelona pero no está hecha de personas sino de ladrillos huecos que yo llamo vacíos de palabras. Es una casa espantada que cubrió de engaños mi infancia y mi adolescencia. Es un lugar. O un no lugar, en cierto modo. Mi casa de la escritura es un papel deshabitado con letra de dibujo adulterada.

Es una casa sin olor de madre. Se parece a un libro solitario. Tiene la forma rectangular de libro y unos detalles externos propios también de ilustración de libro. Un libro colocado en medio de un estanque. Todo se mueve alrededor de ella y las cosas resbalan y debes mirar en dónde pones los pies para no estrellarte contra el aire. Siempre con el peligro de la muerte al lado, como si constantemente amenazara el castigo por ser - además de niña- huérfana de madre. Morir de asfixia cuando la casa me resguarda o bien morir sin más porque fuera de la casa ya nunca podré ser nada. Como si esta casa de Pedralbes fuera el invento más sofisticado de mi infancia.

Sin embargo, no es el miedo a morir el miedo particular de esta casa. Es un hogar de muertos. Muertos que viven, se desplazan de las fotografías y se asoman a las ventanas como personajes celestiales. Una casa en la que siempre estoy buscando a mi padre. Un padre que dicen que está ahí. Y es cierto. Yo lo veo, lo toco y lo acaricio, pero quien me asegura que mi padre no sea también un muerto. Cuando la madre está desaparecida nada hay seguro y verdadero. Lo único sólido de mi infancia son esas paredes rojizas de una casa incuestionable.

Mi casa tiene color de libro. Tiene nombre de enciclopedia universal y gigantesca. Está ubicada en una calle ancha y muy corta. Mi casa tiene el número uno de esta calle de enciclopedia y ocupa casi toda la manzana. Más arriba siguen dos o tres casas

más hasta que la calle se pierde en dirección al monasterio de las monjas de Pedralbes.

Mi casa de la escritura está en Barcelona, pero nunca decimos Barcelona para referirnos a ella. Hay demasiados pinos y cipreses junto a las ventanas para creer que vivimos en la ciudad. Y si es verdad que vivimos en Barcelona, nuestra calle, nuestra casa, tiene aspecto de cementerio suburbano. Por un lado limita con el monasterio de Pedralbes, pero por el otro, en el extremo opuesto de mi casa, frente a mi ventana blanca como un lápida, se encuentra el manicomio. Nadie lo llama así. En realidad nadie lo llama nunca. Cuando alguien pulsa por error el timbre de nuestra puerta es que preguntan por la clínica, la clínica del doctor que vive a pocos pasos de ella y que cada mañana con solo cruzar la calle con nombre de enciclopedia se encierra en el hogar de locos.

Mi casa es estrafalaria. Un día descubrí el significado de la palabra “anexo” (edificio unido o agregado a otra casa como accesorio o dependiente de ella) y entonces empecé a pensar que mi casa era el anexo del manicomio de enfrente. Con todo, se trata de un anexo privilegiado. Tal vez el anexo privilegiado de mi escritura. O puede que mi escritura sea el anexo privilegiado de ese lugar de locos.

Mi casa huele a muerte y nacimiento. A ratos se dejan oír las campanas del monasterio de Pedralbes. Parecen monjas que despiertan para escapar volando hacia sus casas mientras que en su frenesí de fuga caen o tropiezan entre las copas de los pinos. En esa casa tengo la costumbre de mirar por la ventana. A cada momento voy a la ventana de mi dormitorio y miro a la calle. La calle con nombre de enciclopedia culta y voluminosa. Mi habitación está situada en el primer piso de la casa, junto a los otros dormitorios. Un cuarto frío que en principio no iba a ser de nadie y que más tarde me adjudicaron como cuarto propio. La única habitación de la primera planta que se asoma frontalmente contra las ventanas de los locos. Esta es mi vista particular. Mis hermanos se lo pierden. Nunca podrán escribir lo que yo veo a través de la ventana privilegiada de mi casa. La ventana de la escritura.

Lo que veo por la ventana no es ni mucho menos todo lo que un día será importante para mi vida de escritora. Lo fundamental es todo lo que se esconde a través del agujero de mi ventana. Lo que apenas se insinúa. Una calle con nombre de enciclopedia, un silencio ancho y voluminoso como un tomo y, por fin, una clínica de locos. Lo fundamental es esa voz que nace y muere en la casa de la escritura.

Mis hermanos ocupan los dormitorios de la parte soleada, en la zona sur, junto al cuarto de juegos de los niños. Mi condición de hija única me manda al lugar turbio, umbrío y solitario, al otro extremo del dormitorio de mis padres. Unos padres que, por otro lado, son inexistentes pese a que dispongan para su uso particular de una habitación propia, la mejor habitación de la casa. Algo me dice, sin embargo, que mi madre nunca ha dormido en ese cuarto. Tan luminoso y soleado, por otra parte. En caso de que algún día haya tenido madre la claridad desmesurada de esa habitación es una señal de que mi madre jamás consiguió dormir en ese cuarto. Todo es confuso y dudoso. Desdibujado como las historias que dicen que van a contarme y que nunca cuentan. Tan sólo la ventana con nombre de enciclopedia es algo verdadero. Una ventana que se abre a una ingravidez de libro.

Es cierto que la inmediata vecindad con el manicomio tiene algo de literario. Cuanto menos añado confusión al vacío oscuro de mi nombre mutilado. Mientras estoy creciendo desconozco la importancia que en la posible formación de una escritora pueda tener la proximidad inmediata de un hogar de locos. Desconozco qué cosa es un escritor. Desconozco si un escritor no es tal vez un loco escapado de una clínica de Pedralbes. Y desconozco, por último, la afinidad o no afinidad existente entre casa de loco y casa de escritura. Y tal vez no exista tal relación y todo sea producto de mi manera de ser nerviosa y enfermiza. O tal vez la calle con nombre de enciclopedia, la misma que interrumpe mi cita cotidiana con el manicomio de enfrente, sea el detalle primordial para la formación de una escritora con ventana privilegiada.

Basta con no mirar y olvidarse de esta situación incómoda, dirán algunos. Pero una niña ve sin ver. Piensa que no mira y sin embargo observa y ve más cosas de las que podría ver si

realmente mirase por la ventana privilegiada. Al no mirar directamente se logra acumular información más sustanciosa que la obtenida a través de una investigación profunda. Además, existe el verano de Barcelona, un verano largo y caluroso en el que las plantas se detienen como antenas. Un verano de ventanas abiertas y nervios excitados. Durante el verano las caras enceradas de los locos se asoman a las terrazas y se confunden con las estatuas de piedra del jardín de locos. Ese bienestar pasajero de los locos de Pedralbes consigue disfrazar la locura en quimera de verano caliente y atrevido. La calle con nombre de enciclopedia es un límite. Un brazo de seguridad en donde nos apoyamos los locos de la clínica, por un lado, y por, el otro, los niños que poco a poco hemos ido aprendiendo a desviar la mirada torcida de nuestros vecinos asustados.

Por supuesto, existen en el mundo situaciones peores a mi condición de niña de madre abandonada. Es lo que me digo a veces, cuando quiero que las cosas se muevan sin moverse.

Entonces, canto sola mientras voy en bicicleta.

No soy una niña feliz. Tengo los ojos tristes y un entrecejo malhumorado que consigue abrirlos y despertarlos del letargo. Soy una niña circunspecta. Una niña sin cajones adecuados donde situar las palabras. Cuando voy a hablar las palabras se me caen encima como cuando se abre la puerta de un armario repleto de ropa inútil. Una lluvia de palabras cae encima de mí y a duras penas logro sujetar alguna palabra con la mano. Observo las palabras como si fueran cosas, las invoco como si fueran caricias transparentes. Busco en las palabras los alejamientos familiares. Mi madre es un armario colmado de palabras inservibles. Me visto con sus ropas deformes como si estos vestidos majestuosos fueran mortajas de palabras. Así es como voy construyendo mi cuerpo de escritora. Me disfrazo de madre y, gracias a esa ropa de palabras, consigo verla por un instante en el espejo. Es una suerte de destello. Un punto y aparte en el espejo.

La escritura, mi escritura, y finalmente toda la escritura consiste en buscarla. Consiste en perseguir lo que no existe y de vez en cuando se traslada a un espejo, como un destello. Todas mis horas de escritura están dedicadas a esta búsqueda inútil de

palabras, caza inútil de huellas en el aire que persigo por todos los rincones de la casa mientras reproduzco cientos de movimientos absurdos de madre abandonada.

Al morir mi madre, yo, que aún no hablo, me quedo sin el lugar del habla. Me roban la memoria. Dicen que mi madre era catalana. Que el catalán es la lengua de mis padres. Que así era cómo hablaba ella, caso de que fuera cierto y yo decida creer la historia de que algún día tuve madre. La duda externa me enmudece y cuando, por fin, me decido a hablar y a soltar algunas de las frases necesarias, lo hago en castellano, en el idioma de mi no madre, el otro idioma. Un idioma inferior para la familia. Una familia que se jacta de ser sencilla y profundamente catalana.

Recuerdo de aquel entonces mi voz enmudecida, unos ojos huraños y apretados y una enorme rabia contra la vida, la muerte y la casa de mis padres.

Recuerdo la vergüenza del habla. Cuando voy a hablar, las palabras explotan en mi boca y se escurren como lagartijas. Soy una niña tartamuda. Dicen que cuesta entenderme. Cuando, al fin, consigo hablar lo hago, claro, en castellano. El idioma que una auténtica familia catalana no deja de considerar también como el idioma de Franco, el idioma de los españoles, el otro idioma, el impuesto y casi ajeno. Cuando hablo consigo que mi padre y mis hermanos me hablen en castellano. El idioma del desacuerdo familiar, de la rebeldía contra la zancadilla del destino. El idioma de la escuela, por demás, de una escuela como todas entonces, sometida al régimen del general Franco. El idioma de la orfandad absoluta.

En mi casa nunca se habla de Franco. Es un nombre viejo, la sombra negra de nuestro álbum doméstico. Una especie de estrambótico y lunático inquilino cuya existencia conviene ignorar por si fuera el caso.

Yo hablo, cuando consigo hablar, el idioma de la calle. Mi madre ya no vive en ese idioma. En este idioma mío, de mi madre sólo queda el agujero negro de su desaparición. En mi idioma la muerte de mi madre deja de ser una celebración doméstica o el altar sagrado de la adoración perpetua. El idioma importado me

excluye de esa clase de conversaciones familiares. Me rebelo, entonces, contra el idioma de la madre ausente. No se trata de una decisión premeditada. Mi lengua se niega a festejar la ausencia repetida de la gran desconocida. Y en esta oposición todavía permanezco. Una oposición que va más allá de la pertenencia o posible pertenencia a un idioma. Una rebeldía a cualquier tipo de pertenencia de lengua o territorio.

Mi castellano, o español, o como decidan llamarlo, no es un castellano amable. Es un castellano duro y antipático. En la intimidad, a veces, resulta también muy tierno. Es el idioma tosco del expatriado. Y soy muy testaruda. Consigo casi todo lo que me propongo. Pareces hija de castellanos, pareces maña, oigo decir como una reprobación.

Y yo me siento bien en ese exilio fraudulento de idioma castigado. La orfandad es una especie de exilio involuntario. En ese espacio de orígenes dudosos me gusta inventar palabras. Solo las palabras inventadas son capaces de aliviar esta tristeza de falta de palabras. Me gusta jugar, a escondidas, con los distintos acentos del idioma español o castellano. Mi lengua es impura y a mi me gusta oscurecerla todavía más. Por otro lado, me avergüenza un poco no hablar bien el catalán ni tampoco el castellano. Escribo en secreto en este idioma áspero, difícil, y bastante inconfortable. Un idioma que voy haciendo mío a medida que crece mi escritura. El idioma que poco a poco consigue separarme del idioma incomprensible de mi madre.

Tengo miedo a hablar. Un miedo que ensombrece mis palabras y las comprime y paraliza en el borde de mis labios. Cuando voy a hablar algo irrefrenable se dispara en mi cabeza para recordarme mi color de orfelinato. Y entonces, en lugar de voz, son lágrimas lo que se empeña en salir de mis labios asustados. Lágrimas como palabras rabiosas e infectadas. Por eso callo casi siempre. Disimulo así la ausencia del habla de mi madre abandonada.

Esta madre catalana que no tengo se me ha comido el habla. Entonces, casi muda o tartamuda voy buscando por ahí un idioma en el cual, además de reconocirme, pueda denunciar a cuatro vientos la ausencia de madre abandonada.

La ciudad en donde vivo, Barcelona, es la ciudad de dos idiomas. El idioma catalán, por un lado, y el otro idioma, el español o castellano. Siempre hay quien no encuentra justa en la balanza esta división de lenguas que algunos tildan de arbitraria. El castellano es, además, el idioma del inmigrante, del otro catalán, el idioma de los desheredados, y es también el idioma de una parte de la burguesía que, al menos en la apariencia, sigue congeniando con el espíritu desastroso de Franco.

Mi castellano tiene aire de idioma oprimido. A fuerza de usarlo se va convirtiendo en el idioma de mis libros, de mis lecturas preferidas, es el idioma de todos aquellos libros censurados por el régimen franquista que llegaban en cargamentos sudamericanos. Toda mi ansia de lectura se encuentra en este idioma castellano. En casa, porque entonces vivo todavía en la casa de mi padre, hay dos bibliotecas, la mía, en castellano y la biblioteca catalana de mi padre. Una biblioteca suntuosa. Hermosa y admirable.

¿Mi biblioteca es española? No podría asegurarlo. Ni hoy tampoco me siento capaz de poner mi mano en el fuego para asegurar que cuando hablo o cuando escribo (pues sigo escribiendo en español o castellano) yo utilizo en verdad el auténtico idioma castellano.

¿Cuándo un idioma es auténtico? ¿Cuando se apodera de ti o bien cuando tu te apoderas del idioma? ¿Qué es escribir en un idioma auténtico o verdadero? Fuera de la legalidad, ¿qué lengua pertenece a quien?

De algún modo, tengo que llenar el espacio del habla de mi madre abandonada. Dispongo para ello de otra lengua comodín, una lengua huérfana, una lengua sin madre, tal vez. Una lengua que a fin de cuentas se me parece bastante. Para escribir elijo el idioma de madre abandonada. Se me dirá que esto no es un idioma ni es nada. Pero esa nada es también el espacio desconocido de mis orígenes. La lengua de madre abandonada es mi auténtica lengua de escritura. De niña me gusta soñar que he inventado un idioma y es verdad que desde entonces a ahora cuando escribo tengo la impresión o la necesidad de estar inventando siempre mi idioma particular de madre abandonada. Se me repetirá que esto no es una lengua. Y yo seguiré

insistiendo que esta es mi lengua de escritora. Una lengua híbrida, seguramente, una lengua bastarda. Hay quienes la llaman literatura española o castellana. Ahora en Cataluña hay también quienes quieren rechazar la existencia de esta lengua tan real como la respiración del alma catalana.

Para un escritor, y más si es una escritora, todas las lenguas son igualmente injustas. Todas, son por principio, lenguas tan autoritarias como limitadas. Cada escritor (y con más razón una escritora) sueña con encontrar una lengua diferente de escritura, una lengua personal que le permita desentrañar abismos y silencios puesto que para el escritor, y más aún para la escritora, la lengua de escritura siempre es extranjera.

Desde el momento en que adquirí conciencia de que yo era escritora o no era nada en absoluto, he oído hablar de las sucesivas crisis de las vanguardias. ¿Dónde se encuentra ahora la vanguardia literaria? La literatura "literaria" se encuentra a poco que busquemos en el territorio de lo extraño, lo diferente, lo inclasificable, lo riguroso, lo extranjero. La literatura moderna sobrevive en el silencio de los escritores desterrados. En el silencio de la palabra ensordecedora de los escritores suicidas o exiliados. En la oposición de algunos escritores y escritoras que convierten la escritura en instrumento de existencia y que asumen en la escritura su condición de mujer, suicida, judío, árabe, negro, turco, homosexual o hispano. Que contemplan la escritura como asunción literaria de ese ser diferente a la literatura y lengua establecidas. Una condición de suicidas y de huérfanos.

La suma de orfandad y bilingüismo que padezco como un regalo de santos y demonios ha situado mi vida de escritora en una especie de limbo de la literatura. Yo suelo calificar ese espacio de sótano, desván o carbonera. Desde allí puedo sacar al aire mi biblioteca interior. En mi ciudad de las palabras hay dos idiomas posibles, de lo contrario, la ciudad puede convertirse a veces en un saludable encierro literario. Muy barcelonesa para sentirme cómoda con el nacionalismo catalán que se está impregnando como un virus contagioso y demasiado huérfana para cambiar de ciudad y tratar de cambiar de ese modo mi literatura.

Lo cierto es que viajo bastante. Hago de América Latina mis patrias literarias. Después mis viajes más largos se van haciendo sedentarios y viajo a través de la literatura. He perdido mi mutismo estrafalario. Me gusta discutir, polemizar y me entrego a ello sea con los autores vivos como con los autores muertos que leo y sigo releendo. Lo paradójico es que cuanto más se ofusca el gobierno nacionalista en imponer una política independentista más nos reímos nosotros, los escritores catalanes que, al parecer, escribimos libros extranjeros. No sólo parece traernos sin cuidado que se nos margine de un país y de una cultura que nos pertenece de lleno sino que hasta nos mostramos entusiasmados con la idea. Como las reses nos segregan en dos bandos, el catalán y el castellano. El bueno y el malo.

Los responsables culturales del gobierno catalán actual insisten en separar los dos países- Yo sigo sin estar de acuerdo. ¿Como voy a dividirme por en medio? ¿Que parte de mi aliento interior pertenece al aire catalán o castellano? En mi intimidad viven dos lenguas, hijas seguramente de madres distintas, contrarias o bien complementarias y, luego, está mi lengua de escritura que es la hija pródiga, o la hermana mestiza de ambas. En mi casa se hablan las dos lenguas. En mi país se hablan dos lenguas. En mi relación con los otros, amigos o conocidos, conversamos en dos lenguas indistintamente, ininterrumpidamente, mezcladas entre sí en la conversación y sin conciencia alguna de este cruce constante del habla. Como si en Barcelona todos fuéramos escritores porque los escritores somos, sobre todo, huéspedes del idioma. Escribir es transitar por un idioma prestado. El escritor toma prestado un idioma, o varios de ellos, para escribir algo personal con este préstamo. De ese modo nos vamos ensanchando y distinguiendo unos de otros, de ese modo nos vamos pareciendo, porque en el fondo, y cuando se trata de literatura, ¿qué lengua pertenece a quién?